



Verdad y Anuncio de la Fe

Parroquia de Nuestra Señora Reina del Cielo
Hoja Semanal * Año «VII» * n° «35» * 2 * Junio * 2013

Evangelio de este Domingo

Comieron todos y se saciaron

Lectura del santo evangelio según san Lucas (Lc 9, 11b-17).

En aquel tiempo, Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban. Caía la tarde, y los Doce se le acercaron a decirle: *«Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado.»*

Él les contestó: *«Dadles vosotros de comer.»*

Ellos replicaron: *«No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío.»* Porque eran unos cinco mil hombres.

Jesús dijo a sus discípulos: *«Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta.»* Lo hicieron así, y todos se echaron.

Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos.

Contenidos de la Hoja Semanal

- Evangelio: Del evangelio de san Lucas (Lc 9, 11b – 17).
- Magisterio: La evangelización del mundo contemporáneo (18).
- Fe Cristiana: Hacia la esencia de la Iglesia.
- Testimonio: Manuel García Morente y la acción de la Providencia (y 5).

>> Visite nuestra Web: www.reinacielo.com

Magisterio de la Iglesia: Exhortación Apostólica de S.S. Pablo VI
"E v a n g e l i i N u n t i a n d i"

La Evangelización del mundo contemporáneo (18)

CONTACTO PERSONAL INDISPENSABLE

46. Por estos motivos, además de la proclamación que podríamos llamar colectiva del Evangelio, conserva toda su validez e importancia esa otra transmisión **de persona a persona**. El Señor la ha practicado frecuentemente —como lo prueban, por ejemplo, las conversaciones con Nicodemo, Zaqueo, la Samaritana, Simón el fariseo— y lo mismo han hecho los Apóstoles.



En el fondo, ¿hay otra forma de comunicar el Evangelio que no sea la de transmitir a otro la propia experiencia de fe? La urgencia de comunicar la Buena Nueva a las masas de hombres no debería hacer olvidar esa forma de anunciar mediante la cual se llega a la conciencia personal del hombre y se deja en ella el influjo de una palabra verdaderamente extraordinaria que recibe de otro hombre. Nunca alabaremos suficientemente a los sacerdotes que, a través del sacramento de la penitencia o a través del diálogo pastoral, se muestran dispuestos a guiar a las personas por el camino del Evangelio, a alentarlas en sus esfuerzos, a levantarlas si han caído, **a asistirles siempre con discreción y disponibilidad**.

LA FUNCIÓN DE LOS SACRAMENTOS

47. Sin embargo, nunca se insistirá bastante en el hecho de que la evangelización no se agota con la predicación y la enseñanza de una doctrina. Porque aquella debe conducir a la vida: a la vida natural a la que da un sentido nuevo gracias a las perspectivas evangélicas que le abre; **a la vida sobrenatural, que no es una negación, sino purificación y elevación de la vida natural**. Esta vida sobrenatural encuentra su expresión viva **en los siete sacramentos** y en la admirable fecundidad de gracia y santidad que contienen.

La evangelización despliega de este modo toda su riqueza cuando realiza la unión más íntima, o mejor, una intercomunicación jamás interrumpida, **entre la Palabra y los sacramentos**. En un cierto sentido es un equívoco oponer, como se hace a veces, la evangelización a la sacramentalización. Porque es seguro que si los sacramentos se administran sin darles un sólido apoyo de catequesis sacramental y de catequesis global, se acabaría por quitarles gran parte de su eficacia. **La finalidad de la evangelización es precisamente la de educar en la fe**, de tal manera, que conduzca a cada cristiano a vivir —y no a recibir de modo pasivo o apático— **los sacramentos como verdaderos sacramentos de la fe**.

Fundamentos de nuestra Fe Cristiana:

Hacia la esencia de la Iglesia

De la Iglesia nos viene una luz divina que da sentido trascendente a toda nuestra existencia

Por la Iglesia nos viene la salvación. Lo que hizo Jesús en su vida histórica lo hace ahora por medio de la Iglesia: en la Iglesia recibimos la fe y la gracia que nos unen con Dios y con los demás hombres: en la Iglesia encontramos el sentido de la vida humana, del mundo y de la historia; la Iglesia afirma y robustece el destino trascendente de la persona humana.



Para comprender esto con toda claridad y con toda profundidad hemos de purificar nuestra concepción de la Iglesia; o, mejor dicho, hemos de superar las imágenes parciales o caducas con las que estamos acostumbrados a ver a la Iglesia. En una palabra: hemos de descubrir la esencia de la Iglesia.

La Iglesia convierte, al mismo tiempo, la conciencia personal y colectiva de los hombres, así como la actividad en la que comprometemos nuestra existencia, sólo por la fuerza divina del Mensaje que proclama. Como dice San Pablo:

- «No me avergüenzo del Evangelio, que es poder de Dios para la salud de todo el que cree» (Rom 1, 16).
- La doctrina de la Cruz de Cristo es necedad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan» (Cor 1, 18).
- «Mi palabra y mi predicación no fue en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la manifestación del Espíritu y del poder (de Dios), para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios» (Cor 2. 4-5).

En otras palabras, la Iglesia no necesita el poder humano para llevar a cabo su impresionante misión, pues Ella está dotada de una riqueza divina. Lo que necesita la Iglesia es ser fiel a Cristo, poder de Dios: **fidelidad en sus estructuras, en su acción pastoral y, especialmente, en sus hombres.**

Ese poder divino radicado en la Iglesia se expresa en los elementos constitutivos de su esencia: **LA GRACIA** (don de Dios, gratuidad, favor de Dios testimoniado a los hombres), **LA COMUNIÓN** (una comunidad de personas unidas por vínculos sobrenaturales) **Y EL SERVICIO.**

Gonzalo Lobo Méndez en *Ideologías y Fe Cristiana*.

Testimonios en la Fe:

Manuel García Morente y la acción de la Providencia (y 5).

Manuel García Morente, filósofo y converso católico, nació en Arjonilla (Jaén) en 1886 y murió, ya sacerdote, en Madrid en 1942.

(Continuación de la HS anterior).



«Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. **Allí estaba Él...** Yo no lo veía, yo no lo oía, no lo tocaba. Pero Él estaba allí... Yo no veía nada, no oía nada, no tocaba nada. No tenía la menor sensación. **Pero Él estaba allí.** Yo permanecía inmóvil, agarrotado, por la emoción. Y le percibía; percibía su presencia con la misma claridad con que percibo el papel en que estoy escribiendo y las letras-negro sobre blanco- que estoy trazando... Le percibía, aunque sin sensaciones. ¿Cómo es esto posible? Yo no lo sé. **Pero sé que Él estaba allí presente y que yo, sin ver ni oír ni oler ni gustar ni tocar nada, le percibía con absoluta e indubitable evidencia...**»

«No sé el tiempo que permanecí inmóvil y como hipnotizado ante su presencia. Sí sé que no me atrevía a moverme y que hubiera deseado que todo aquello –Él allí- durara eternamente, porque su presencia me inundaba de tal y tan íntimo gozo, que nada es comparable al deleite sobrehumano que yo sentía...» (...) «¿Cómo terminó la estancia de Él allí? Tampoco lo sé. Terminó. En un instante desapareció. Una milésima de segundo antes estaba Él aún allí, y yo le percibía y me sentía inundado de ese gozo sobrehumano que he dicho; una milésima de segundo después, ya Él no estaba allí, ya no había nadie en la habitación...»

La experiencia, lo que él llamó luego el Hecho Extraordinario, ocurrió en París la noche del 29 al 30 de Abril de 1937 y marcó definitivamente su vida posterior; pero nunca dejó de preguntarse, porque no lo alcanzaba a entender, que una persona tan alejada de Dios hasta esa noche pudiera merecer semejante gracia de Dios: «...Porque me resisto resueltamente a pensar que a mí, tan depravado y miserable, haya querido Dios concederme un minuto siquiera de su presencia». «A lo sumo, podría quizá suponer que Dios, queriendo afianzar mi conversión con una gracia tan profunda que se me grabase inolvidablemente en mi alma, permitió que se produjese en mi mente ese fenómeno subjetivo cuyo recuerdo indeleble fuese capaz de ayudarme a perseverar victorioso frente a todas las asechanzas, dificultades e inconvenientes que por necesidad había de oponerse a mi vocación».

«Al día siguiente del Hecho tomé ya la resolución de consagrarme a Dios y abrazar el estado sacerdotal.»

Ordenado sacerdote en 1940, D. Manuel García Morente murió en Madrid el 7 de diciembre de 1942.